introducción

Acabo de pasar diez años en Alicante, década que, tal vez, sea la más grata y fructífera de mi ya larga vida. Al menos este período me marcó con huella indeleble enriqueciendo mi caudal (grande o pequeño) de vivencias, reflejadas, como es lógico, en la buena o mala obra editora o literaria que desde allí realicé, claro está que sin olvidar en modo alguno mis raíces malagueñas y, menos aún, mi vinculación a la imprenta *Sur,* hoy *Dardo,* en la que junto a Prados y Altolaguirre nací al mundo de las letras.

Hoy, ya de nuevo en Málaga y como feliz remate de estos dos lustros, me toca, por amable petición de José María Amado, presentar este número de LITORAL que, fraguado en Alicante y con la inapreciable aportación de poetas y escritores de aquellas tierras, se dedica en homenaje y sentido recuerdo a una de las más fundamentales columnas de la lírica española de todos los tiempos, el poeta oriolano Miguel Hernández.

Vaya por delante nuestro agradecimiento a todos cuantos en él colaboran y en forma especial a los poetas y escritores, Vicente Ramos y Manuel Molina, que pusieron a contribución su entusiasmo y trabajo de búsqueda de estudiosos y escritores levantinos, a fin de llevar a buen parto la tarea emprendida.

Ministerio de Cultura 2011

Este LITORAL está, como digo, fraguado en Alicante. La inmensa mayoría de los que colaboran en él son alicantinos, y nosotros quisiéramos que como alicantino se tuviese. Por impulso de la emoción poética, en esta ocasión hemos subido desde nuestra Málaga sureña, balconada mediterránea arriba hasta las tierras levantinas y, fijando la mirada hacia oriente, allí donde nacen el sol y las religiones, hemos buceado en el recuerdo, hemos buscado de manos de poetas, escritores y estudiosos, la huella indeleble de Miguel Hernández para confeccionar este número, que si se imprime en Málaga, tiene su verdadera nacencia en Alicante, tierra natal del poeta que hoy emocionadamente recordamos.

Ante todo, quiero dejar constancia de que mi intervención ha de ser necesariamente apasionada (de lo que me apresuro a decir me siento orgulloso), no tanto por lo que entraña en sí de recuerdo de unos años inolvidables, como más aún, si cabe, de añoranzas del poeta tan españolamente tratado, por el tardío aprecio que de su obra hace. Así es esta España, la que hace a los hombres para posteriormente derrotarlos, sólo que en este como en otros muchos casos, la verdad se impone arrolladoramente y el tiempo con inexorable venganza anula lo hecho por los hombres para elevar hasta la gloria a los que nacieron nimbados por ella.

Dejemos constancia de lo que, a mi juicio, valoriza grandemente esta nueva entrega de LITORAL, como a tantas otras de la revista, es el entusiasmo y la fe puesta en cuanto se dice, lo que permitió el difícil navegar por mares encrespados de tormentas de incomprensión, cuando no de franca y decidida hostilidad beligerante, a lo que se une, ¿por qué no decirlo?, continuados agobios económicos, aunque éstos no sean nunca comparables a las insidias e incomprensiones de que antes hablamos.

No es mi propósito, ni me compete, hacer un estudio de la lírica de Miguel Hernández. Ya, plumas más caracterizadas que la mía, se ocupan de este menester, pese a que Miguel no necesita de heraldos que le pregonen, pues su obra se impone por sí sola. Sí debo (nobleza obliga) felicitar a José María Amado por la idea de este número-homenaje que tanta falta estaba haciendo, ya que Miguel Hernández, silenciado durante tantos años, es merecedor de la más amplia difusión. Por esto, la ini-

Ministerio de Cultura 2011

ciativa del actual LITORAL (cuyo mejor elogio es aceverar que puede situarse con entera dignidad y sin desmérito alguno junto al fundado por Prados y Altolaguirre) es merecedora, como en tantas otras ocasiones, del más justo encomio.

Conocí a Miguel, siendo yo estudiante de Filosofía y Letras en Madrid. Aquel Madrid de los años treinta que plasmó el impresionante resurgir de nuestra cultura universitaria, al punto que, sin exageración, puede decirse que España se encontraba en la vanguardia europea de cuanto al arte y la cultura se refiere.

Tristes y no recordables acontecimientos acabaron con esta situación, pero lo que importa es que la miopía o, más certeramente, la ceguera después reinante no pudo destruir la realidad de un extracto cultural profundamente enraizado.

Era por entonces, Miguel Hernández, muy joven, casi un adolescente. Llegó a Madrid desde su Orihuela natal, no pensando orgullosamente como tantos otros en la conquista de la ciudad, llegó con una inmensa carga de ilusiones escondidas tras el ropaje de aquel su aire lugareño de hombre modesto, nacido para dar cuanto pudiera al pueblo llano del que nació y para el que vivió con ejemplar entrega. Falto de recursos, encontró acomodo finalmente por la intervención de José María Cossío y gracias a esto pudo ir viviendo, al tiempo que creaba una obra que pronto resplandecería con luz propia.

Neruda, Aleixandre, Spiteri, Alberti y todos los poetas de entonces, con profetizadora intuición calaron en él, al poeta de raza, y lo mimaron y distinguieron con su amistad y consejos. Le recuerdo con aquel su aire de labriego y pastor tras el que escondía un alma de superior sensibilidad entregada por entero a lo más noble y desinteresado, poniendo a contribución de sus ideales de hermandad y justicia todo cuanto era. Siempre se distinguió por su bondad y amor hacia las clases sojuzgadas y asaeteadas por el mundo de bajezas que le tocó vivir.

Era ensencialmente un hombre bueno, de inquebrantable fe tanto en su obra como en el destino de España. Esto sólo le valió para que en él se encarnizara la desgracia personal, sin que en ningún momento dudara del triunfo final de sus ideas de paz, justicia y amor para todos. No le faltaron, como digo, amigos, tampoco enemigos crueles entre quienes egoístamente se consideraban con derecho a ser árbitros para dar cédulas

Ministerio de Cultura 2011

de hispanidad y honestidad de lo que ellos, por cierto, tan nenesitados estaban.

La tragedia de su vida es de todos conocida y no es cosa de repetirla ahora. No obstante, sí creo necesario volver sobre quienes no le olvidaron haciendo cuanto podían, que, desgraciadamente, no era mucho, por hacerle más sobrellevadera su triste existencia.

En primer lugar, Vicente Aleixandre, que organizó la ayuda de que él como su compañera e hijo estaban tan necesitados, secundados entusiásticamente por Carlos Rodríguez Spiteri, José A. Muñoz Rojas, Bernabé Fernández Canivell y tantos otros que supieron en todo momento estar a la altura de las circunstancias. Es en estos momentos cuando de verdad se da la medida de cada uno.

Párrafo aparte (y bien aparte) merece Josefina Manresa, su fiel y amorosa compañera, su abnegación sin límites, su amor llevado a extremos del más cruento sacrificio, su fidelidad no sólo en vida, sino cuando ya, tristemente, no estaba entre nosotros, es algo que jamás podrá ponderarse en toda su elevadísima valoración. No en balde él, antes de dejarnos, le dijo:

Aunque bajo tierra
mi amante cuerpo esté,
escríbeme a la tierra,
que yo te escribiré.

ángel caffarena such

Ministerio de Cultura 2011

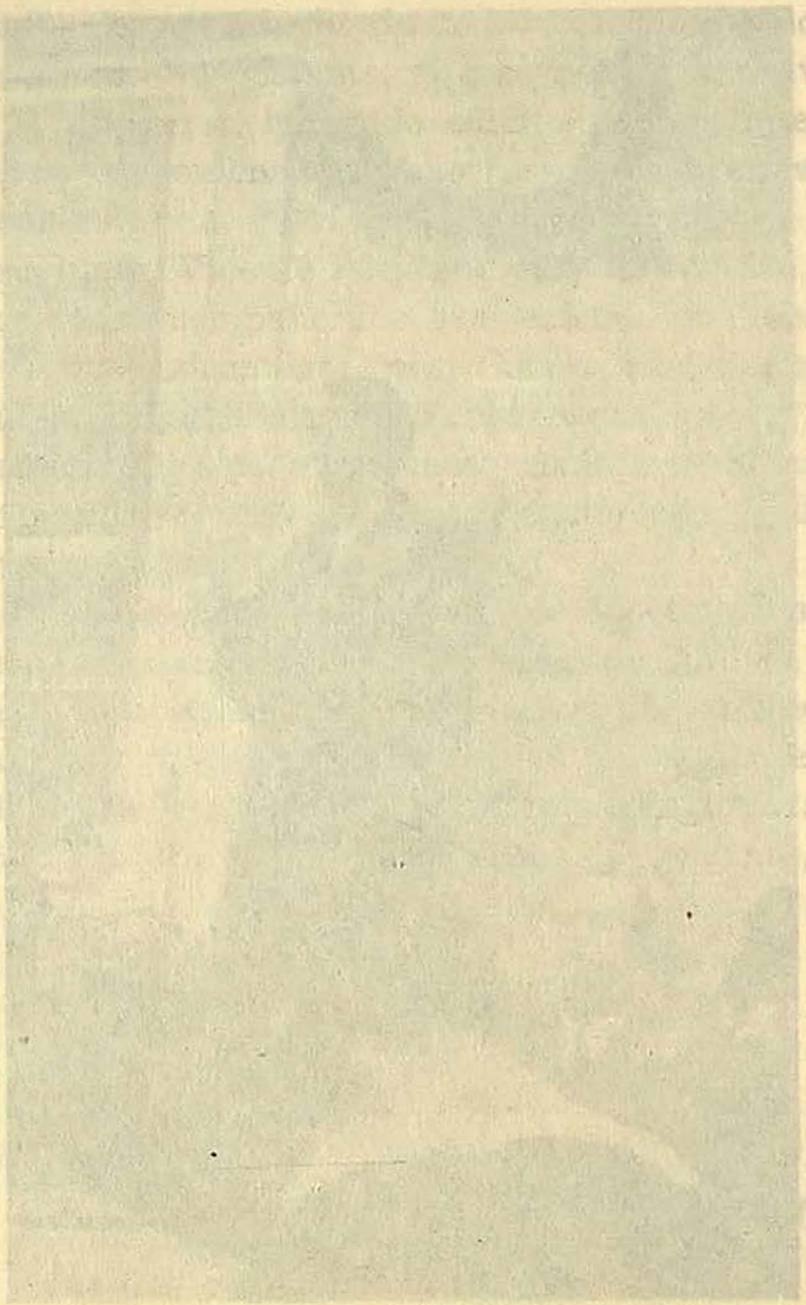
Algún día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.

MIGUEL HERNANDEZ

Y así fue...

(Nota del E.)

Ministerio de Cultura 2011

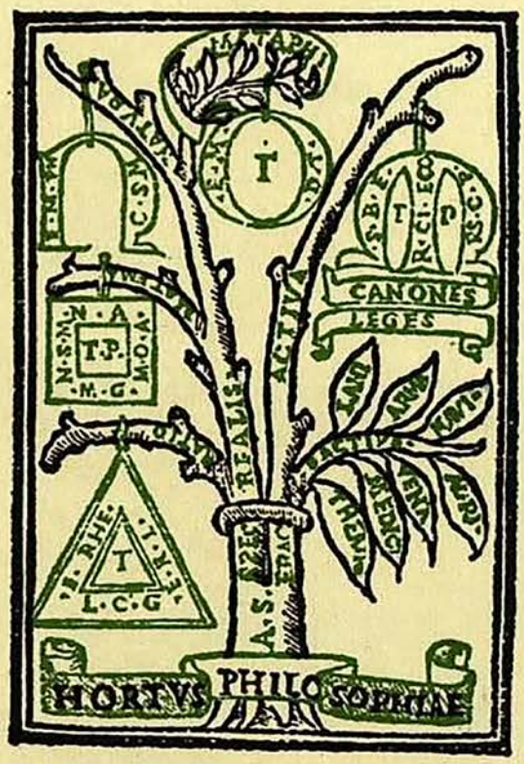


Ministerio de Cultura 2011

MIGUEL HERNÁNDEZ

Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras

(Auto sacramental)



CRUZ Y RAYA
MADRID, 1934

Ministerio de Cultura 2011

Portada de la primera edición de "Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras" (auto sacramental), primera obra dramática de Miguel Hernández, donde desarrolla las vicisitudes del hombre desde el natural estado de gracia —estado de las inocencias— hasta sucumbir en el incendio provocado por el Deseo y los Sentidos.

Editado por "Cruz y Raya"
(Madrid, 1934)

Ministerio de Cultura 2011